

¡ Maestra, enséñame a mirar !

Manuel Dios Diz

Parece una moda, una constante, una estrategia de marketing perfectamente diseñada. Se trata de cargar contra la juventud en general, en ocasiones incluso demonizándola, cuando no criminalizando sus comportamientos y conductas, una triste reacción del llamado “mundo viejuno” respecto de las generaciones más jóvenes, un deporte de honda tradición y muy popular. Ya Sócrates (470-399 la.d.C.) acusaba a los chicos de su época de ser unos tiranos, de contradecir a sus padres, de devorar la comida y de faltar al respeto de sus maestros...

Con ocasión o sin ella, editoriales prestigiosas, sesudos analistas, tertulianos de pro, algún psicólogo clínico muy preocupado por su cartera de clientes..., realizan informes y estudios periódicos que llegan a los medios con titulares de trazo grueso, con entradas y cursivas alarmantes, fáciles de digerir, sin necesidad de profundizar en la letra pequeña, que siembran alarma, sorpresa y crean opinión.

Nos referimos a ideas como: “El alumnado de hoy es peor que el de antes”, “La escuela actual olvida el esfuerzo”, “Los maestros actuales no tienen autoridad”, “En los institutos no hay disciplina”, “Los jóvenes de ahora son más violentos”, “Los niveles de exigencia bajaron”... y así sucesiva y reiteradamente.

Estos mensajes, en ocasiones en medio de otros discursos, no podemos interpretarlos, únicamente, como el reflejo de un conflicto intergeneracional, aunque tenga mucho de esto. Cuando repetimos que los alumnos de hoy son peores que los de antes, ¿qué pretendemos?. ¿Responsabilizarlos de su supuesta vagancia, de su desapego de la cultura del esfuerzo, culpabilizarlos?. ¿A ellos, a sus familias, a las autoridades educativas, a los gobiernos, a la sociedad... es decir, a todos y a nadie al mismo tiempo? En muchas ocasiones notamos un cierto rictus de superioridad paternalista en relación con las generaciones que están llamadas a sustituirnos, por ley natural, algo así como una patética e inútil venganza por la juventud perdida y añorada...

Pero quizás lo primero que habría que clarificar es lo que entendemos, lo que interpreta cada uno por “antes”, esa muletilla, ese tan descontextualizado adverbio de tiempo.

¿Antes de qué?, ¿antes de cuándo?, ¿de cuanto antes estamos hablando? Hace 20, 30, 50, 100 años?, ¿mil tal vez?.

Sí identificamos “antes” con los tiempos de nuestra propia juventud está bien claro lo que estamos diciendo sin rubor: que nosotros mismos, fuimos, y somos mejores. Toma ya. Como inyección de autoestima no está nada mal. O lo que es lo mismo: nuestros hijos, nuestros nietos, son peores!!!. Para quedarnos, así, tan anchos...

Pero, ¿peores en qué?. ¿En conocimientos, en actitudes, en valores?. Como si los contenidos de los aprendizajes fueran inmutables. Siento ser tan simple, pero los alumnos y alumnas de hoy ni son peores ni son mejores, **son diferentes**. Son el producto de la sociedad en la que viven, son también el resultado de nuestra propia actuación como adultos, esa es nuestra responsabilidad. Porque la escuela es un espejo perfecto donde, muchas veces, no soportamos vernos reflexados.

El alumnado que hoy estudia en los colegios e institutos lo hacen en el mejor sistema educativo de nuestra historia, en el que cuenta con las mejores condiciones escolares. Y viven en una sociedad con niveles de renta, coberturas, acceso a la cultura, ocio y tiempo libre, como nunca hubo “antes”, en espacios de libertad, democracia, seguridad y diversidad, innegables. Y tienen acceso a la escolaridad todas y todos los alumnos y alumnas. No como “antes”... cuando estudiaba (cuando estudiábamos) una minoría, una élite, mucho más reducida cuanto más retrocedemos en el tiempo...

Y el profesorado está, a su vez, mejor preparado que nunca. Y las familias sienten con mayor preocupación la educación de sus hijos e hijas, viven con más interés la enseñanza, la cultura y el saber. Sus condiciones laborales, de ocio y de tiempo libre, a penas tienen nada que ver con las de “antes”.

Claro que los niños y niñas de hoy tienen sus más y sus menos, sus problemas, como los de todas las épocas, distintos, sin duda, pero también es cierto que cuentan con las mejores condiciones para superarlos, como nunca “antes” habían tenido.

Y con esto no quiero decir que nuestro sistema educativo, los nuevos modelos de familia, laborales, la sociedad, la cultura, la sanidad... no sean manifiestamente mejorables. Claro que lo son, porque otra educación es posible, como otro mundo también es necesario.

Pero descalificar a la juventud, demonizarla, resaltar siempre lo negativo ignorando o silenciando sus valores, ¿para qué sirve?, ¿a qué intereses responde?. ¿De que nos tranquiliza ?.

Somos precisamente los adultos los que deberíamos reflexionar más sobre nuestras responsabilidades en la incitación permanente al consumo más irracional de los menores, en la superprotección extrema, en la promoción desmedida de la cultura del éxito (famosos, estrellas, héroes...), de la competitividad máxima tirando por tierra los valores, en el tratamiento de los chavales como terminales de consumo, *armarios llenos y corazones vacíos*, en el egoísmo y en el individualismo exacerbado, *los pequeños budas*, o en la presión constante por hacerlos individuos “súper”, evitándoles la más mínima contriedad... y el no también educa...

Un buen maestro, una buena maestra, necesitan influir positivamente en su alumnado, porque cómo hemos repetido tantas veces, los alumnos aprenden, sobre todo, de los profesores que aman. Debemos resaltar sus avances, tratarlos con afecto y cariño, la educación afectivo emocional -tan olvidada- como el mejor antídoto contra la violencia. Mejorar su autoestima, corregir sus carencias, esperarlos, sugerirles metas alcanzables, en definitiva, acompañarlos, como el guía del desfiladero..., sin olvidar el no, la coherencia, las normas y los límites, por supuesto.

Llegados a este punto recuerdo aquella hermosa historia que me contó Federico Mayor Zaragoza, la de la niña que nunca había visto el mar. El día en que -por fin- con su maestra se vió -cara a cara- con la inmensidad del mar, fascinada, perpleja, nerviosa, tirándole de la falda, exclamó: *¡ maestra, enséñame a mirar !*.

Somos los adultos los que tenemos que reflexionar sobre nuestras responsabilidades, y preguntarnos, escuchando a la propia conciencia, si realmente estamos “enseñando a mirar” como debemos. Porque en esto, como en tantas otras cosas, por suerte, cualquier tiempo pasado, no fue mejor..., *positivamente*, como diría Suso de Toro.

Manuel Dios Diz es maestro, licenciado en Geografía y Historia por la USC, preside el Seminario Gallego de Educación para la Paz y dirige la Fundación Cultura de Paz en Galicia.

(www.sgep.org).